

saltimbanqui y le lleva por las plazuelas, borracho y caduco, acompañado de un oso viejo y de una cortesana, Imperia, comida de llagas. Así, objeto de befa pública, se gana la vida.

«E o magro D. Joao e a torpe dancarina
com um ar infeliz e um riso desgraçado,
foram apresentando a velha barretina
ao sordido maná do cobre esverdeado».

Por fin, le mata, despiadadamente, de hambre.

IMPERIA

D. Joao, ó meu amante,
Diz-me, que tens!...

D. JOAO (*expirando*)
Nao ó remorso... é fame

Después de Don Juan, Jehovah. «Todo lo que hoy se opone a la realización de la justicia puede sintetizarse en dos grandes figuras, en dos símbolos: Don Juan y Jehovah», escribe. Las contrafiguras son Cristo y Prometeo, «la ciencia y la conciencia, la libertad y la fe, el sentimiento y la razón». El libro contra Jehovah es *La vejez del Padre Eterno*, estupendo de sarcasmos. Pero no es un libro irreligioso. Muy al comienzo dice:

«Ó crentes, como vós, no intimo do peito
abrigo a mesma crenca e guardo o mesmo ideal.
O horizonte é infinito e o olhar humano é estreito:
creio que Deus é eterno e que a alma é imortal».

Sus diatribas se limitan a lo que él juzga como desviaciones de la verdadera religión. Algunos poemas de ese libro, como *La Semana Santa*, en que se encuentran Cristo y Voltaire, redivivos, y pasean juntos—Voltaire hace de satánico cicerone—son de una irreverencia sin precedentes en ninguna literatura. Otros, como *El mirlo*, son modelos de sentimiento lírico y ternura trágica. Este es, que se sepa, el único libro que repudió más tarde. En una nota puesta al pie de su artículo *El sacré-cœur*, escribe lo siguiente: «He sido, debo declararlo, muy injusto con la Iglesia. *La vejez del Padre Eterno* es un libro de mocedad. No lo hubiera escrito ya a los cuarenta años. Animólo y dictólo mi espíritu cristiano; mas lleno aún de un racionalismo engañoso, un racionalismo de ignorancia, estrecho y superficial. Conteniendo cosas bellas, es un libro malo y muchas veces abominable. Hay en la historia grandiosa del catolicismo páginas de horror; pero la Iglesia, con los Evangelios, cristianizó y salvó al mundo. En el catolicismo existen absurdos; pero en la médula de su doctrina resplandecen verdades fundamentales, verdades eternas, las verdades de Dios». Y hablando con Agostinho de Campos, dice de ese libro: «Después de escribirlo, conocí mejor a San Francisco de Asís, y comprendí que la Iglesia, que mereció tener por suya una tal alma de superhombre, es una cosa mayor y mejor de lo que yo entonces suponía».

Después de esos dos poemas de sátira genérica, ideológica, vienen los patrióticos. El ultimátum de Inglaterra en 1890 y el tratado subsiguiente colman el alma de Junqueiro de acerbo pesimismo y de terrible cólera. Aparece *Finis Patriae* en 1890 y *Patria* en 1896, dos grandes gritos de dolor y de ira. En el primero está el feroz poema contra Inglaterra (la común intervención en la Gran Guerra le reconcilió bastante con el odiado país), que empieza así:

«Ó cínica Inglaterra, ó bécbeda impudente,
Que tens levado, tu, ao negro e á escravidão?
Chitas e hipocresia, evangelio e aguardente.
Repartindo por todo o Escuro Continente
A mortalha de Cristo em tangas d'algodão.»

Pero el poema dramático por excelencia es *Patria*, que, con un poco de tolerancia artística, podría llevarse tal vez a la escena. Tiene varios personajes, que se enumeran al principio: «Un Loco» (el pueblo portugués), «el Rey» (¿don Carlos?), «Magnus» (un político, coleccionador de títulos y prebendas), «Opiparus», prin-

cipe de Oro Alegre; «Ciganus», marqués de Saltamontes; «Astrologus», cronista mayor del Rey; «Yago», viejo mastín, dientes podridos, obeso, gordura flácida; «Judas», perro mestizo de lobo, jorobado, sarnoso, mirada falsa, inyectada de bilis; «Veneno» falderillo enano, ladrador y lamedor, y otros que aparecen luego, los retratos de reyes y personajes que salen de sus marcos y hablan: D. Juan IV, untuoso, astuto, beato, falso y pusilánime; D. Alfonso VI, alucinado, hemipléjico, zurriagando, furioso, una jauría imaginaria de perros; D. Pedro II, tipo de valentón de caballerizas, pendenciero, sanguinario y crapuloso, sifilítico y borracho; don Juan V, viejo, asqueroso, medio paralítico; doña María I, loca furiosa, delirante; Nuño Alvarez, en cuya boca pone, en tercetos admirables, una grandiosa elegía de la historia de Portugal y una de las más bellas de ninguna lengua. (Las acotaciones de los personajes son del poeta.) El rey,

«Uma boia de enxundia, um zero folgazao;
Bispote português com toucinho alemão».

duda antes de firmar el oneroso Tratado con Inglaterra. Sus antepasados salen de sus marcos para aconsejarle según sus humores y flaquezas. Por fin firma, y el Loco canta en la oscuridad, como un crucificado:

«Arde na Dor, carne maldita!
Revive na Dor, almi infinita!
Na Dor bem dita espera e cre!».

Patria es, sin duda, una de las creaciones literarias más hermosas y violentas que se han escrito en ningún idioma. En los versos de *Patria*—dice el propio Junqueiro—puse en forma ideal el problema portugués: el ascenso de la nación a santidad, la afirmación de ser crímenes, en nuestra historia, lo que en general se considera como glorias:

«Minhas glórias!., infamias e vergonhas
De ladrao, de pirata e de assassino!»

Las «anotaciones» que, en prosa, siguen al poema, a modo de «balance patriótico» de 1891, son una formidable disección del régimen entonces vigente. Hay que ir a los profetas bíblicos para encontrar un lenguaje semejante. Alguna vez dijo Junqueiro que las balas que mataron a D. Carlos las disparó la nación entera. Pero de esa nación él era, por lo menos, la mitad. Rara vez un poeta ha tenido tanta influencia de subversión política. A pocos portugueses le debe tanto el nacimiento de la República como a él.

Vienen, en fin, los poemas de santidad, *Los Simples* y las *Oraciones*. El poeta cansado de la lucha contra el mal, y acaso convencido de lo inútil de su esfuerzo, vuelve a su aldea nativa, a la compañía de los humildes, al amor de las cosas y de los seres más sencillos, como un San Francisco de Asís. Quería completar su obra con otros dos poemas de santidad, con el *Prometeo libertado* y con el *Camino del cielo*. Su fase trágica quedó, pues, realizada a medias, ya que no pudo concluirlos.

Termino este rápido análisis del pensamiento y la obra de Guerra Junqueiro. Fué una personalidad poderosa. En otro idioma, sería un poeta universal. Era el penúltimo de una serie de grandes poetas civiles, políticos, sociales, históricos o como quiera denominárselos, que florecieron en el siglo XIX. Pertenece al egregio linaje de Shelley, de Hugo, de Carducci, de Verhaeren, de Walt Whitmann, poetas cósmicos. El último, por ahora, es Thomas Hardy, el octogenario bardo épico inglés y gran novelista al mismo tiempo. De la obra de Guerra Junqueiro puede decirse lo que Whitmann decía de sus poemas: «Quien toca este libro, toca a un hombre.» He ahí lo que dominaba, en Junqueiro, a su pensamiento y su arte: la personalidad, el carácter, su humana plenitud. He ahí su mejor elogio: antes que poeta y pensador, era un hombre, todo un hombre, hasta en las flaquezas de sus últimos tiempos.

LUIS ARAQUISTAIN

Estoril, 1923.